

sualidad. Al acabar de sacar su retrato, tuve la satisfacción de ver que mi caravana bajaba en buen orden por el lado opuesto de la montaña. Grande fue el asombro de mi gente cuando me vieron tan próximo á la de Ibrahim; pero aun fue mayor cuando me vieron entregar á este la escopeta y el oro que le habia ofrecido; y de este hecho dedujeron que entre nosotros se habia estipulado una alianza que no acertaban á explicarse.

Leggé, despues de recibir hermosos regalos y sorbido de un trago una pinta del aguardiente mas fuerte, me pidió otra, cuando por fortuna estalló una terrible tempestad que le obligó á buscar un albergue. Volvió despues que aquella se hubo disipado, y se negó á venderme cosa alguna, pero no por ello tuvo inconveniente en tomarse una triple parte de una marmita de arroz preparado con miel para mi caravana.

El 30 de marzo salimos de Elyria, siguiendo á la comitiva de Ibrahim, cuya direccion habia tomado. Volvimos á reunirnos á él al galope, y le encontramos llevando en la delantera de su silla una niña de año y medio, que habia tenido de una jóven bari; esta le seguia montada en un buey. Repitióme lo que yo sabia desde Gondokoro, esto es, que mi gente se habia propuesto abandonarme al llegar, en el Latuka, á la residencia de Tchenuda, me aseguró la neutralidad de los suyos en tal caso, y me prometió reprimir con mano fuerte toda insurreccion.

En efecto, al llegar á Latonia, donde residia la banda de Mohamed-Her, teniente de Tchenuda, suscitóse un altercado entre las dos caravanas turcas, y todos los míos tomaron parte contra Ibrahim; luego se negaron á obedecer mis órdenes y cargaron sus camellos. El cabecilla del motin, Bellaal, me declaró rotundamente que ni un solo árabe se moveria; á una segunda negativa, aun mas insolente, derribéle de un puñetazo, privado de conocimiento; y luego asiendo á mis hombres por el pescuezo, les llevé uno tras otro á los camellos, que se pusieron á cargar, escepto tres á quienes permití quedarse con Bellaal para que cuidasen de él.

Mas allá, merced á la velocidad de mi caballo, me apoderé de un conductor latukiense que se fugaba, y lo entregué á los turcos de Ibrahim, bajo condicion de que se le perdonase la vida; asi, mientras los turcos se felicitaban de tener un hombre cuyo caballo no permitia á los conductores escaparse, los latukienses me agradecian el haber salvado de la muerte á uno de los suyos.

En el campamento vimos que cinco de nuestros hombres habian desertado con sus armas para unirse á Bellaal y á Mohamed-Her. Entonces exclamé solemnemente delante de los árabes que creen en los

sortilegios: «¡Los buitres se cebarán en sus cadáveres!» presagio que no tardó en cumplirse.

Tarrangollé, en donde llegábamos á la residencia de Ibrahim, es la ciudad mas importante del Latuka, y tiene tres mil casas, todas fortificadas y divididas en calles de fácil defensa, escepto la principal, á causa de su anchura. Las casas se parecen á las de los Baris, pero no tienen el techo saliente que sirve para guarecerse del sol. La ciudad está rodeada de recias empalizadas, debajo de las que hay unas puertas abovedadas que se cierran todas las noches.

El primer jefe es Moy; el segundo, su hermano Commoro, afamado guerrero, y el tercero, Adda.

Los habitantes son los salvajes mejor configurados que he visto; su estatura es alta, y se diferencian mucho de los ribereños del Nilo Blanco por su afabilidad y su agradable semblante. Son muy valientes, y pasan por superiores á todas las tribus que combaten á pie; pero no podian rechazar en la llanura los ataques de la caballería de los Akkaras, que habitan al Este y hacen frecuentes irrupciones en su territorio. Los hombres llevan por único adorno un peinado en forma de casco, y cada tribu se distingue en esta region por el arreglo de sus cabellos. El de la tribu de Tarrangollé se reduce á enlazar á trechos con bramante el pelo lanudo, lo cual exige una perseverancia de muchos años. A medida que los cabellos atraviesan la primera red, se arreglan como los primeros, de manera que al cabo de mucho tiempo la parte superior de la cabeza está cubierta de una sustancia compacta parecida á un casco de fieltro de pulgada y media de grueso, y se forma un reborde sólido del mismo grueso cosiendo el pelo con hilo. La parte anterior está protegida por dos chapas de cobre, la mas alta de las cuales tiene cerca de un pie; este casco se adorna con algunas baratijas de vidrio, siendo las mas estimadas las de porcelana encarnada ó azul. El conjunto se rodea con un aro de conchas de mariscos, y termina con unas plumas de avestruz.

Los latukienses no tienen arcos ni flechas, y sí lanzas, mazas con la estremidad de hierro, sables y el bracelete de hierro guarnecido de hojas de cuchillo equivalente al de los nuers. Su arma defensiva es un escudo de piel de girafa, muy duro y ligero, de cuatro pies y seis pulgadas de largo y dos pies de ancho.

Las mujeres, muy feas en general, son corpulentas, robustas, tienen unos miembros gigantescos y su estatura es de 5 pies y 7 pulgadas. Llevan tambien largas colas por detrás, se embadurnan con grasa y ocre rojo, usan un delantal de cuero, y son muy aficionadas á las cuentas de porcelana encarnada ó azul.

El cacique Moy, que me fue presentado por Ibrahim, vino acompañado de su mujer favorita, Bekké,

la mas linda salvaje que he visto, á pesar de sus cabellos cortados á raíz y enjalbegados con ocre rojo, y á pesar de sus pintarrajeados; asi á ella como á su hija les pareció caso de risa que yo no tuviese sino

una mujer, y aconsejó muy cordialmente á Mad. Baker que se hiciese pelar la cabeza y arrancár los cuatro dientes delanteros, para hacerse atravesar el labio inferior, como todas las *elegantes* de Latucka, por un



El cacique Commoro y sus guerreros.

tubo de vidrio de la forma y longitud de un lápiz. Este uso es comun en las mujeres de las tribus del Nilo Blanco.

Mientras que entre nosotros una familia de jóvenes encantadoras es ruinosa en proporcion de su número, en el pais de que se trata las hijas tienen gran valor, pues sus gastos de tocador son nulos, y cada mujer jóven y robusta vale 10 vacas á su padre. Los

latukienses, fuerza es decirlo, tienen en mas á sus vacas que á sus mujeres, y de ello nos dieron una elocuente prueba.

La partida de Mohamed-Her habia atacado una aldea, prudentemente respetada por la de Ibrahim, y robó sin hallar mucha resistencia, á fin de reducir las á la esclavitud, las mujeres y los elefantes; pero cuando los latukienses vieron que tambien se lleva-

ban sus vacas, se enfurecieron. La gente de Mohamed, denodadamente atacada, estrechada en un desfiladero, impelida hacia un despeñadero, y precipitada desde una altura de 500 pies, pereció por completo con 200 auxiliares que se le habían unido. Mohamed-Her y Bellaal, que fueron casi los únicos que se libraron de la matanza de su gente, volvieron al campo.

«¿En dónde están los que me han abandonado?» pregunté. «¡Todos han muerto!» hé aquí la contestación que recibí. «Mejor hubiera sido para ellos, repliqué, permanecer á mi lado que ser pasto de los buitres;» y añadí enfáticamente: «¡Hay un Dios!» Esta terrible catástrofe, tan próxima á la maldición fulminada por mí, hizo creer á todos que yo había influido algo en ella, y desde entonces fui mirado con temor.

Por desgracia, los latukienses, envanecidos con su victoria, se hicieron amenazadores á todos los blancos. Durante la ausencia de Ibrahim, que había ido á Gondokoro en busca de municiones, me costó mucho trabajo impedir que la ciudad de Tarrangollé y sus inmediaciones se sublevaran contra nosotros, y nos envolviesen en el castigo con que los latukienses se proponían vengarse de los desmanes de la gente de Ibrahim. Así, pues, para no verme comprometido por la compañía de tales hombres, establecí mi campamento fuera de la ciudad.

Como los naturales no querían venderme cabras ni bueyes, aunque todas las mañanas veía salir de la ciudad 10,000 reses que iban á pacer, me ví precisado, para variar la comida de leche, trigo y aves que podía comprar con abundancia, á contar con mi caza. Por fortuna, la de pluma no escaseaba en las orillas del río que pasa á 1 milla de Tarrangollé, y cuya anchura es de 80 metros, pero que en las mayores subidas apenas tiene 3 pies de profundidad. Por lo regular, mataba antes del almuerzo, una docena de ánades é igual número de grullas; y muchas veces también patos de cabeza encarnada y alas con espolones.

Un día sonaron de improviso las nogaras ó tambores y las trompetas; mezcléme entonces, para satisfacer mi curiosidad, con la multitud, y pocos momentos despues me ví en medio de la ceremonia de un baile fúnebre.

Los que en ella toman parte tienen una singular costumbre. Doce plumas de avestruz adornan sus cascos; de sus hombros cuelgan pieles de leopardo y de monos negros y blancos; unas grandes campanillas de hierro atadas á un cinturón de cuero, penden por debajo de sus riñones, y los bailarines las ponen en movimiento haciendo ridículas contorsiones, y un asta de antilope, sujeta al cuello, les sirve, cuando su agitación llega al colmo, para pro-

ducir sonidos semejantes al rebuzno del jumento y al grito del buho. Todos ahullan á la vez, y siete *vogaras* de tamaño desigual forman la base de tan infernal concierto.

Muchos hombres ejecutaban una especie de galop, blandiendo sus lanzas y sus mazas, siguiendo de cinco á seis de fondo, los movimientos de un caudillo que bailaban retrocediendo. Las mujeres, que no tomaban parte en la galop, se movían con lentitud, prorumpiendo en quejumbrosos y discordes gritos. Mas allá una larga fila de niños y niñas, embadurnado el cuello y la cabeza con ocre rojo y manteca, y ostentando collares y cinturones de chucherías de cristal, marcaban el compás con los pies, haciendo resonar los anillos de hierro de sus piernas, de acuerdo con la batería de las nogaras; y en fin, una mujer corría sin cesar por entre los bailarines, espolvoreando sus cabezas con carbon, que al efecto llevaba en una calabaza.

Esta ceremonia debía continuarse durante muchas semanas, en honor de gran número de infelices que habían muerto recientemente en el campo de batalla. Y no obstante, cuando yo preguntaba á Commoro acerca de este particular, no podía explicarme, ni por qué se honra á los que sucumben en la guerra, ni por qué se exhuman los huesos de los que mueren entre ellos. Creía que el hombre no escede en inteligencia al buey, no tenía la menor idea de la vida futura, ni fe en los espíritus, y pensaba que los hombres no son buenos sino cuando no tienen bastante fuerza para ser malos.

En mis escursiones en los alrededores de Tarrangollé, ví que en casi todas partes se encuentra en la superficie del suelo hierro de excelente calidad, por cuya razón los latukienses son muy hábiles herreros, á pesar del estado primitivo de sus instrumentos. Una rama ahorquillada de madera verde les sirve de pinzas, y algunas piedras de diferentes tamaños constituyen sus yunques y martillos. Para hacer sus fueles toman dos ollas de un pie de profundidad; en el fondo de cada una colocan un tubo de tierra de 2 pies de largo, una de cuyas estremidades va á parar á una hoguera de carbon vegetal; las ollas tienen cubiertas las bocas con un pellejo flojo muy ligero, untado de manteca, en cuyo centro se ata, formando un ángulo recto, un palo de 4 pies de largo, y el encargado de soplar imprime á los dos palos un movimiento perpendicular muy rápido, que produce una fuerte corriente de aire. Hé aquí los útiles con que los latukienses ejecutan trabajos que asombrarían á los mejores herreros europeos.

Hacen excelentes azadas, escrupulosamente trabajadas; y como este instrumento es el único que emplean en la agricultura, lo tienen en mucho. A lo largo del Nilo y hasta Ounyoro dichas azadas for-

man el principal objeto de cambio, ya por marfil, ya por bueyes. Sin azadas y sin mujeres que cambiar, es poco menos que imposible en aquella region procurarse ganados; por cuya razón estos artículos forman una de las partes mas estimadas del botín que se trata de adquirir por medio de las razzias.

Muchas veces, durante mi estancia en el Latuka se me presentó la ocasión de cazar elefantes, sin poder matar muchos, aunque abundaban bastante. Un día en que Adda, el tercer cacique de Tarrangollé se había unido á mí para una batida, encontramos multitud de ellos, y herí dos veces á uno al galope; pero mi carrera no me dió el tiempo necesario para volver á cargar mi arma; el animal se revolvió contra mí, y apelé á la fuga; entonces, uno de mis sirvientes me trajo una carabina con la cual herí por tercera vez en el omoplato al elefante, el cual de nuevo volvió sobre mí; pero cuando mas procuraba evitar la acometida, me ví en presencia de una columna cerrada de diez y ocho elefantes. Perseguí á uno sin lograr alcanzarlo; mas hé aquí que al retroceder encontré al que había herido, que me acosaba de cerca, y lo perseguí por espacio de cerca de dos horas; por último, volví á herirle, y se lanzó furioso sobre mí; todos los míos me habían abandonado; mi caballo estaba rendido de fatiga, y no conseguí escaparme sino dando un afortunado rodeo. El elefante murió aquella noche; los habitantes de Tarrangollé se regalaron con su carne, y los uakkala me evitaron el trabajo de llevarme los colmillos.

IV.

De la cuenca del Saubit á la frontera del Ounyoro, reino de Kamrasi.

Cansado estaba de mi inacción y de las discordias á que desde el regreso de Ibrahim me esponía á cada momento la insolencia de los turcos con los quince cobardes que habían quedado á mis órdenes, cuando llegaron algunos enviados del cantón de Obbo, trayendo presentes «al hombre blanco que no busca marfil ni esclavos.» Ibrahim se puso en comunicación con aquella tribu, que blasonaba de pacífica, y partí con él dejando mi campamento y mis bagajes bajo la custodia de cinco hombres que recomendé á Commoro.

Durante 18 millas el valle de Latuka presentó el aspecto de un jardín. Despues de pasar al Sur una cadena de montañas, atravesamos el magnífico valle del Kanieti, y mas allá, otros tres días de marcha por las montañas, al través de angostos valles donde cada eminencia sostiene un punto fortificado, nos condujeron á una línea de cumbres que llega á 2,500 pies sobre el valle del Latuka. A 12 millas mas allá llegamos al pueblo principal del Obbo.

Dirigiendo la vista hacia el Sudeste descubríamos un laberinto de montañas, cuyas cumbres se elevan á 4 ó 5,000 pies del nivel general del terreno. Hacia el Sur no hay montañas, sino colinas aisladas; no obstante, el suelo va elevándose, y la dirección general de las aguas hacia el Noroeste es muy perceptible y sin escepcion.

Los naturales del Obbo se diferencian de los de Latuka por el dialecto y por el aspecto. No se presentan enteramente desnudos sino cuando van á la guerra, en cuyo caso se pintarrajean el cuerpo con listas encarnadas y amarillas. Por lo regular, su traje consiste en una piel de cabra ó de antilope, pendiente de los hombros. Sus facciones, especialmente la nariz, son bien formadas, y su peinado, que no se parece al de los latukas ni al de Choggo, es muy limpio. El pelo, trenzado y atado con hilo, forma una cola aplana bastante parecida á la del castor, y una tira muy delgada de cuero la rodea para conservarle su forma. Su peinado, á semejanza del de los latukienses, exige muchos años para llegar á su punto de perfección.

El país es muy fértil y produce en abundancia batatas de sabor parecido al de las patatas,—esquisitas frutas, entre otras unas especies de ciruelas,—uvas y pistachos; el tabaco crece allí muy bien; pero el país es húmedo y predispone á las calenturas. Allí fumé por primera vez en pipas de fábrica indígena, mas pequeñas y elegantes que en otras partes, pues me proponía combatir por este medio la insalubre influencia del clima. Además de tales pipas, los indígenas fabrican de barro mal cocido y frágil, jarras de hermosa forma aunque se trabajan á mano, porque ignoran el uso de la rueda del alfarero. Los demás utensilios, como en todas las tribus del Nilo Blanco en general son de madera ó de calabazas secas, y sus casas están construidas como las de los baris.

Si los hombres del Obbo se cubren los hombros y el pecho con una piel de animal, en cambio sus mujeres están menos vestidas que en otras partes. Desdénando el exiguo delantal y la cola trasera con que se adornan las mujeres entre los nuers, los baris y los latukienses, se limitan á atarse á la cintura en la parte inferior del tronco una tira de pellejo de 4 pulgadas de largo por 2 de ancho. Las jóvenes nada llevan, esceptuando, si sus recursos se lo permiten, tres ó cuatro sartas de perlas blancas que forman un delantal de 3 pies de largo; pero las viejas van cubiertas como Eva, con un ramillete de hojas verdes. Algunas jóvenes llevan este vestido á falta de otro mejor, porque la moda no lo ha adoptado; pero es preciso convenir en que ofrece la doble ventaja de ser siempre fresco y limpio. Las mujeres tienen un aire muy modesto; muchas son bellas (relativamente hablando), y el contorno de su nariz es delicado; ne-

una palabra, no se parecen en nada á las latukienses.

El cacique de la tribu, llamado Katchiba, era hombre de unos sesenta años, tenia algo de hechicero, con ribetes de bufon, era bastante buen músico y de afable carácter. Sus numerosas mujeres estaban distribuidas por las poblaciones, de manera que el jefe se hallaba en todas partes en su propia casa; esas mujeres, á imitacion de las de los antiguos patriarcas, consideraban como una deshonra el no ser madres. Katchiba, pues, tenia ciento diez y seis hijos; y todos en el mejor estado de salud, habiendo puesto á la cabeza de cada poblacion uno de ellos. El primogénito, gallardo moceton, fue destinado á la guardia de mi mujer durante una escursion que hice al Sur, en compañía de tres de mis hombres con el objeto de reconocer los rios que se hallaban á mi paso.

En esta exploracion, en que encontré centenares de elefantes, vadeé el Akabi, que nunca se seca, y vi á Parédjoke, ciudad situada como las demás, en una altura. Esta meseta, habitada por las tribus Choggo y Madi, es mas alta que la del Obbo, pues tiene 3,966 pies ingleses de elevacion.

El jefe me recibió amistosamente y me repitió lo que ya me habia dicho Katchiba, esto es, que no podria en aquella ocasion atravesar el Asua; llegué en un dia á Obbo.

Durante mi ausencia, mi mujer, alojada en una hermosa choza de 4 pies de altura, habia sido muy bien tratada. Katchiba la atendió con el mayor esmero, y dia y noche uno de sus hijos habia hecho la guardia á la puerta.

Por lo regular, Katchiba, que experimentaba bastante dificultad para andar, viajaba llevado en hombros de uno de sus vigorosos súbditos, y seguido de dos hombres que alternaban en esta faena, y que á la vez le servian de guias y de cabalgaduras. Una de sus mujeres lo acompañaba llevando en la cabeza un jarro de cerveza, que bebia bastante copiosamente, para que, segun dicen las crónicas, dos hombres en lugar de uno, hubiesen de llevarlo á veces á cuestras. Un dia, á pretexto de imponer mas respeto á los suyos y alcanzar mas fácilmente de su liberalidad algunos pollos para el regalo de mi mujer, tomó uno de mis caballos; pero el animal, poco acostumbrado al sistema de equitacion de semejante ginete, lo derribó de un modo harto brusco; de lo cual Katchiba dedujo, no sin razon, que seria mejor para su salud contentarse con montar un jumento escoltado por mi gente.

Por lo demás, él hacia, asi puede literalmente decirse, la lluvia y el buen tiempo, en su tribu, potestad que los indígenas atribuyen por lo general á su cacique, desde el Latuka hasta el lago N'gami. Segun la estacion, Katchiba pedia á sus súbditos los géneros que necesitaba. En las sequías les decia:—«Si

no hay cabras, no habrá lluvia;» y en la estacion de ésta:—«Si no me dais trigo, no tendreis buen tiempo.» Una vez, durante mi segunda estancia en Obbo, aquellos negros se amotinaron porque no llovía; Katchiba, en tal apuro, vino á verme, y me dijo:—«No tendrán agua si no me proveen de lo que necesito;» y luego, cambiando de tono, añadió:—«¿Y tú no sabes hacer llover?» Era evidente que el temor á sus súbditos sublevados le obligaba á consultarme. Como yo habia observado que desde muchos dias el horizonte se nublaba por las tardes, le respondí que, segun mi entender, dentro de algunos dias no habria una lluvia prolongada, sino algunos chaparrones.—«¡Esa es precisamente mi opinion!» respondió Katchiba muy satisfecho. Si mis súbditos me traen cabras esta tarde y trigo mañana, tendrán lluvia dentro de cuatro ó cinco dias; y despues me hizo silbar dos veces por entre mis dedos, y se marchó seguro del buen éxito de su diligencia y de mi intervencion.

El 21 de mayo, despues de una permanencia de mas de dos semanas en Obbo, regresamos á Tarrangollé, y en el camino dimos sobre un rebaño de girafas; estos animales huyen de los bosques espesos, pues temen que sus enemigos se oculten en ellos. Empecé su persecucion, y se metieron, despues de atravesar una llanura, en unas malezas, donde hubiera derribado á un macho, á no ser por mi caballo, que temeroso de los tiros, no me permitió disparar, aunque apenas me hallaba á 10 metros de muchas girafas. Por último, se ocultaron en unos matorrales espinosos, y viéndome solo, anocheciendo ya, y hallándome á 3 millas de mi gente, puse término á la caza y retrocedí.

De vuelta á Tarrangollé las enfermedades empezaron á arrebatarme mis acémilas, y esta pérdida fue completa antes de concluir el año durante nuestra segunda estancia en Obbo; por aquella época oí hablar por primera vez del Megundo, pais que, segun me dijo un natural de Obbo, llamado Ouani, estaba situado cerca de un lago que se extendia hasta límites desconocidos, y al que llegaban embarcaciones tripuladas por blancos, desde lejanos paises, á llevar todos los simbis ó conchas de mariscos que se usaban en el Latuka.

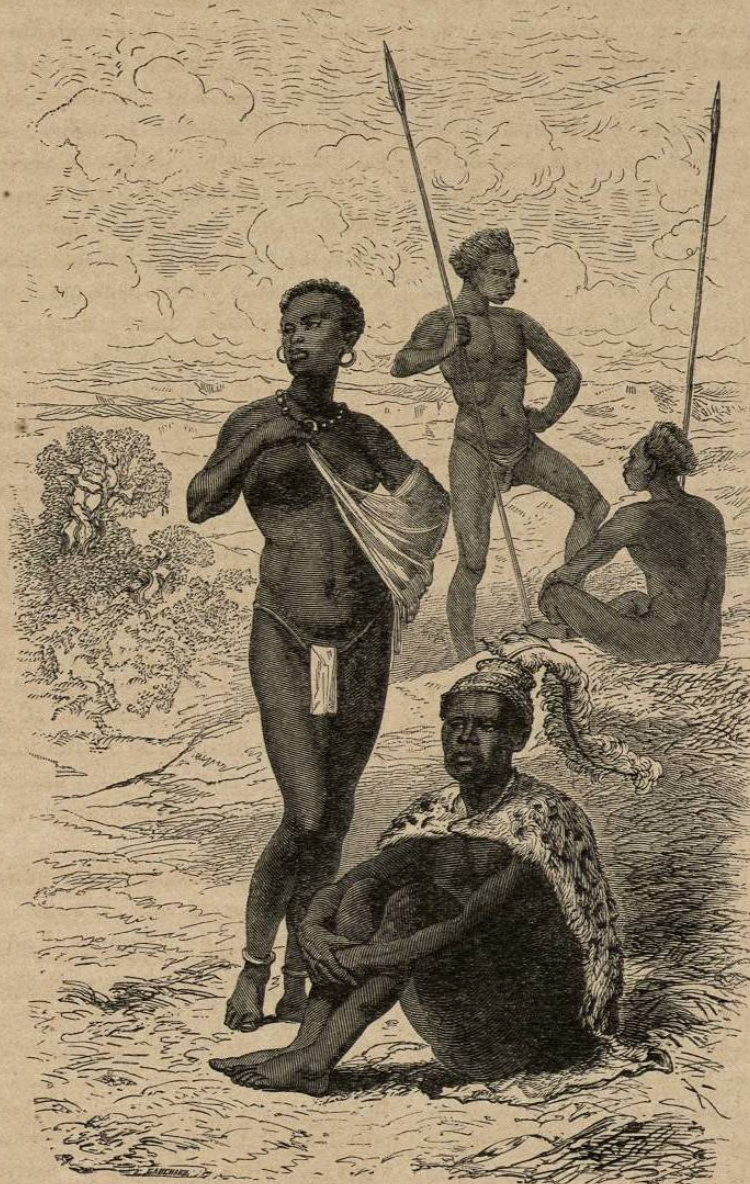
Pocos dias hacia que nos hallábamos en Tarrangollé, cuando por mandato de Commoro, la banda de Ibrahim marchó contra Kayalo. Estos negros están siempre en estado de guerra y de pillaje reciproco. Kayalo opuso una viva resistencia, en la que tomaron parte las mujeres, muchas de las cuales perecieron en la refriega; pero como cada una de ellas vale de cinco á diez vacas, se respeta siempre su vida, y toda la comarca se indignó terriblemente al ver que los hombres del Norte no les habian guardado las acostumbradas atenciones. No obstante, la partida de

Ibrahim, rechazada con un hombre de pérdida, hubo de contentarse con un botin de dos mil cabezas de ganado.

Segun la regla establecida, las dos terceras partes

de esta presa correspondian á Curchid; el resto fue repartido entre su banda, que lo cambió segun las necesidades ó el capricho de cada uno.

Esta razzia aumentó las hostilidades de los latu-



Cacique de los Kitchs con su hija.

kienses contra los blancos; así, pues, cuando Ibrahim envió á los suyos la orden de que fuesen á incorporarse en Obbo, me fue preciso seguir su movimiento. Llegamos á dicho punto hácia fines de junio, y la humedad me ocasionó calenturas, como también á mi mujer. Durante nuestra enfermedad, la choza que habitábamos se vió infestada alternativamente de ratones, de hormigas blancas y serpientes; luego de

moscas, de mosquitos é innumerables chinches, y por último, de enormes escarabajos.

El 18 de julio, queriendo Ibrahim hacer una expedicion al pais de Madi, los hombres de Obbo, decididos á tomar parte en ella, celebraron su danza marcial. Por lo general estaban pintados con listas blancas y rojas, y algunas veces estos colores formaban otros dibujos. Los guerreros llevaban en la cabeza